



Ramón Molina

Mañana  
Carnillo

Pequeña Biblioteca CALAMVS SCRIPTORIUS  
BARCELONA - PAVIA MALIACA  
1975

**Ramón Molina**

**POLEMICA  
MAURIN-CARRILLO**

PROBLEMAS DE LA UNIFICACION REVOLUCIONARIA



Pequeña Biblioteca CALAMVS SCRIPTORIVS  
BARCELONA - PALMA MALLORCA  
1978

PEQUEÑA BIBLIOTECA CALAMVS SCRIPTORIVS

Libros antiguos y modernos,  
documentos, epistolarios, manuscritos.

19

Diseño de Rafael Llinás a partir de una edición de 1937.

© Ramón Molina

para la presente edición:

José J. de Olañeta, Editor

Apartado 1834, Barcelona.

Distribución:

Siglo XXI de Catalunya. Les Punxes Peninsular.

Escornalbou, 12. Barcelona.

Embat. Pje. Part. Papa Juan XXIII, 5, E. Palma de Mallorca.

ISBN 84-85354-14-1

Depósito legal B-25654-1978

Printed in Spain  
Impreso en España

Industria Gráfica Pasaje



Joaquín Maurín



Santiago Carrillo

## PRESENTACION

La publicación de esta serie de artículos de Maurín y Carrillo, a los cuarenta y ocho años de su aparición en la prensa de la época, no pretende cumplir el mero expediente de recuperación bibliográfica para los eruditos ni, por supuesto, contribuir frívolamente a desenterrar las veleidades históricas de un personaje hoy tan controvertido como el secretario general del Partido Comunista de España.

Nuestra intención no es otra que contribuir, a través de esta aportación, al esclarecimiento de uno de los períodos más confusos y poco estudiados del movimiento obrero español y, en la medida de lo posible, ayudar a las nuevas generaciones de militantes obreros a la comprensión política de unos hechos que determinaron en gran parte el posterior desarrollo de la revolución y la catástrofe del proletariado español ante el fascismo.

La polémica que aquí se recoge es una clara expresión de la profunda tendencia que recorría por aquellos años al movimiento obrero no sólo en la Península Ibérica, sino a escala internacional: los avances mundiales de la reacción y la consolidación del fascismo despertaron al combate político a millones de nuevos luchadores y forzaron a los antiguos dirigentes a adecuarse a la nueva situación, de tal forma que ninguna fuerza política que se reclamara del proletariado podía dejar de referirse a cuestiones tales como la unidad de

acción (Frente Único), la unidad sindical y la unificación política en la vía revolucionaria.

Los artículos de Joaquín Maurín y de Santiago Carrillo expresan ciertamente estos problemas, pero al mismo tiempo no son, en realidad, el inicio de un debate, sino más bien su conclusión. En septiembre de 1935 ya se había consumado la unificación del B. O. C. de Maurín con la Izquierda Comunista de Nin, la sección española del movimiento por la IV Internacional. La euforia y la autosuficiencia se traslucen tras esta fusión en los artículos de Maurín. Éste, cubierto con la aureola de «bolchevique-leninista» que le aportaban los ex trotsquistas españoles, adopta una actitud tan paternalista como sectaria a la hora de dirigirse a los jóvenes socialistas. Por otra parte, también en estas fechas, tras los infructuosos contactos con la I. C. E. y las Juventudes Comunistas de Izquierda, los líderes de las Juventudes Socialistas iniciaban abiertamente un giro hacia el estalinismo y las Juventudes Comunistas que apenas a los dos meses ya daría los primeros resultados. El IV Congreso de la Federación de Juventudes Socialistas de Valencia, con la presencia de una numerosa delegación de las Juventudes Comunistas, acordaba publicar en común un número de los periódicos de ambas organizaciones, a la vez que dirigía una carta de salutación a Dimitrov, dirigente de la Komintern, y encendidos elogios al «camarada Stalin, digno jefe del proletariado de la Unión Soviética».

A pesar de que estos documentos son uno de los escasos de los que hoy podemos disponer en relación a la decisiva cuestión de la entrada de las corrientes revolucionarias en el P. S. O. E. para acelerar la «bolchevización» que ansiaban los jóvenes socialistas, esta discusión ya se había iniciado dos años antes y afectaba fundamentalmente a los grupos trotsquistas y sus relaciones con la socialdemocracia.

El núcleo central del problema radicaba, pues, en los combates que se desarrollaron entre la antigua Oposición de Izquierda, más tarde Izquierda Comunista, y las posiciones del

ejecutivo de la Liga Comunista Internacional (la organización mundial de los trotsquistas, que luchaban por la fundación de la IV Internacional), que preconizaba el «entrismo» en determinados partidos socialistas para poder canalizar todo el empuje revolucionario que éstos aglutinaban en esa época en la verdadera construcción de partidos bolcheviques-leninistas.

Andrés Nin y sus compañeros decidieron, finalmente, la fusión con el conglomerado confusionista que era el Bloque Obrero y Campesino de Maurín, a la vez que aceleraban la ruptura de los trotsquistas españoles con el centro internacional.

Precisamente porque ninguna decisión política puede justificarse por la contraposición de intereses personales, ni de mera apreciación táctica de una coyuntura, intentaremos desarrollar a continuación el marco en que se desenvuelve el problema y los elementos y fuerzas políticas que desempeñan en él su papel, influyendo decisivamente en su evolución.

No puede olvidarse por un momento que justamente esos análisis impresionistas, esas «justificaciones realistas» estuvieron en la base de los análisis del P. O. U. M. (resultado de la fusión de la I. C. E. con el B. O. C.) hasta el punto de que, ingenuamente, prescindiendo de las verdaderas fuerzas revolucionarias en marcha y haciendo un análisis de las propias claudicaciones del P. O. U. M., en mayo de 1937, a escasos días del *putsch* contrarrevolucionario estalinista-republicano, Jordi Arquer prologa los mismos artículos que hoy publicamos, afirmando acerca de la trascendental decisión de dieciocho meses antes: «Hoy, los hechos han dicho ya quién llevaba razón en la polémica»...

## 1933 - 1935 LOS PROBLEMAS DE LA UNIFICACION REVOLUCIONARIA

### UNA EPOCA DE REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION

A principios de los años 30, una vez más las fuerzas sociales se preparan y calibran las posibilidades de un enfrentamiento decisivo que muy pocos creen evitable. La bancarrota financiera de 1929 demuestra que, de nuevo, tras las grandes matanzas y destrucciones de la primera guerra mundial, las economías burguesas, tras un breve período de reconstrucción, alcanzan sus máximas posibilidades de expansión en el marco de las fronteras nacionales. El rearme de los ejércitos se convierte en la válvula de escape para el capital acumulado, mientras se reproducen las luchas por la posesión de los mercados. El verdadero rostro del imperialismo, «la reacción en toda línea, sea cual sea el régimen político que adopte»,<sup>1</sup> aparece enfundado en los uniformes militares y en los acelerados preparativos bélicos.

Sin embargo, esta política agresiva por parte del capital, antes de poder manifestarse abiertamente, ha tenido que reducir al silencio a la clase obrera y aplastar todos sus medios de organización y combate, partidos y sindicatos. El fascismo y los diferentes gobiernos «duros» de la época cumplen ese papel. Sucesivos golpes dictatoriales en los países bálticos, en Bulgaria y, sobre todo, el nazismo alemán, que deja muy por debajo al fascismo doméstico de Mussolini. Sería falso, no obstante, atribuir el auge de las dictaduras en Europa a las

---

(1) Lenin: El imperialismo, fase superior del capitalismo.

maniobras ofensivas de una burguesía que controla la situación. Todo lo contrario, el fascismo es la última carta que juega el capital para evitar el estallido de la revolución proletaria. Y la revolución continuaba estando presente desde que el proletariado ruso abrió en 1917 la primera brecha importante en el orden imperialista.

Los años de entreguerras están jalonados de repetidos intentos revolucionarios y, a la vez, de una secuela de derrotas que minaron grandemente la moral combativa de los trabajadores: sucesivos fracasos en Alemania en 1918, 1921 y 1923, aplastamiento de los consejos obreros en Hungría, la espontánea ocupación de fábricas en 1921, la huelga general inglesa de 1926 y, sobre todo, la masacre del proletariado chino en 1927. Tras esta serie ininterrumpida de derrotas, al principio de 1933 tan sólo la clase obrera de España, Francia y Alemania mantenía la suficiente fuerza y moral de lucha para emprender el combate. En estos países se jugaba el futuro de la revolución mundial por mucho tiempo y, desde luego, la posibilidad de evitar el estallido de la conflagración internacional en preparación.

Si las derrotas de los primeros años de la posguerra fueron provocados por la traición de los dirigentes socialdemócratas y la II Internacional y, en parte, por la debilidad o indecisión de los jóvenes partidos, secciones de la Internacional Comunista, a partir de 1923, primero de una forma confusa e imperceptible, y más claramente a partir de 1925, es la propia Komintern, el partido que había sido creado para dirigir la revolución mundial, quien inicia una larga cadena de vacilaciones y bandazos a derecha e izquierda, que progresivamente van afirmándole como un centro incapaz de toda acción revolucionaria seria y consecuente.

En la Unión Soviética, Lenin ha muerto; casi inmediatamente se manifiesta la lucha entre las fracciones existentes en el partido bolchevique con una intensidad creciente. No es éste el lugar para abordar el problema del surgimiento de la burocracia en el estado soviético y su posterior expre-

sión política: el estalinismo. Señalemos, no obstante, que, lejos de constituir un fenómeno puramente nacional, el estalinismo fue progresando al compás de la prepotencia de la burocracia en la U.R.S.S. en el interior mismo de la III Internacional, ya fuera convenciendo o depurando sumariamente o, como en la mayoría de los casos, apoyándose en los jerifaltes socialdemócratas recién convertidos al bolchevismo.<sup>2</sup>

A la política empirista de la troika (Zinoviev-Kamenev-Stalin), que dirige la Komintern hasta el VI Congreso, le sucede la abiertamente oportunista de alianzas sin ningún principio con la burguesía «democrática» en Oriente y con las burocracias amarillas en Occidente. Así, mientras Stalin saluda a Chang-Kai-Chek como miembro honorario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, las tropas de su partido, el Kuomintang, masacran al proletariado chino en Shanghai y Cantón. Poco antes, todavía se cantaban loas a la burocracia tradeunionista inglesa, que hizo fracasar la huelga general a través del comité sindical anglo-ruso. Stalin, libre ya de sus aliados circunstanciales de derecha o de izquierda (Bujarin-Zinoviev), emprende decididamente la conquista de la Komintern, dando carta de naturaleza oficial a la reaccionaria teoría del «socialismo en un solo país». Eliminados o «reeducados», los viejos bolcheviques, sólo Trotsky mantiene viva la continuidad del leninismo y se opone sin vacilaciones a la política de la Internacional, a la que califica de «centrista». La Oposición de Izquierdas, organizada primeramente en la U.R.S.S. y luego a nivel internacional, emprende una crítica sistemática de la táctica y la estrategia de la Komintern, a la que confían salvar de la definitiva bancarrota política.

Pero los acontecimientos van a delimitar pronto las verdaderas posiciones. En 1932, la clave de la situación mundial

---

(2) Véase Trotsky, "La Internacional Comunista después de Lenin".

se sitúa en Alemania. La ascensión del nazismo parece irresistible; la vieja socialdemocracia tan sólo acierta a oponer a Hitler sucesivos gobiernos burgueses que le van allanando el camino. El poderoso PC alemán, aplicando la táctica ultrazquierdista del «tercer período», no duda en calificar a los socialistas como el principal enemigo a combatir y asegura que la victoria de Hitler acelerará la revolución. «Después de Hitler vendrá Thaelman», era la consigna oficial. Ante la total pasividad de los estalinistas, Hitler accede a la cancellería en enero de 1933. Las consecuencias son hoy sobradamente conocidas.

La dirección de la Internacional Comunista pasa por alto los hechos: ni un balance, ni una crítica. Para la burocracia estalinista, no ha pasado nada. Es la señal: en agosto de 1933, la Oposición de Izquierda Internacional llama públicamente a reunir las fuerzas para construir una nueva Internacional. «La Komintern está muerta para la revolución...».<sup>3</sup>

Hemos creído necesaria esta somera exposición de la situación del movimiento obrero internacional porque *única*mente desde esta perspectiva es posible abordar los problemas de la revolución española y el encendido debate que se desarrolló entre los revolucionarios de este país en torno a los métodos de construcción del partido bolchevique necesario para el triunfo socialista, y que de ningún modo pueden considerarse como producto de lo «específico» de la realidad española.

---

(3) Trotsky, Escritos (Tomo IV).

## ESPAÑA: LA GRAN ESPERANZA

Las grandes ilusiones surgidas con el advenimiento de la segunda república empezaron pronto a derrumbarse. De 1931 a 1933, el gobierno de coalición republicano-socialista poco o nada había podido resolver de los graves problemas del país. La sacrosanta propiedad privada, en gran parte en manos del capital semifeudal, era inviolable, y cada vez que las masas actuaban por su cuenta, la respuesta del gobierno demócrata era la represión pura y simple. Los hechos demuestran, una vez más, el carácter permanente de la revolución en la época de la burguesía en decadencia. Los problemas democráticos de la revolución española: la reforma agraria, la autodeterminación de las nacionalidades o la expropiación de la Iglesia Católica, no pueden ser abordados por el gobierno republicano y ni tan siquiera por los socialistas, que aplican un programa de defensa del orden y del estado burgués. Como demostraba la experiencia rusa en 1917 en positivo y la china en 1927 en negativo, sólo la toma del poder por el proletariado, instaurando la dictadura de clase, era capaz de resolver íntegramente los aspectos inconclusos de la revolución democrática, enlazándolos con las propias medidas socialistas.

Pero la clase obrera no está dispuesta a dejar en manos de la burguesía las tareas de la transformación social. Pese al desencanto republicano, una profunda conmoción sacude de abajo arriba al movimiento obrero. No se traduce ni en estallidos ni en conflictos inmediatos, ni en convulsiones que precipitan rupturas. Al principio imperceptiblemente, pero en



rápida progresión luego, una nueva generación de refresco viene a renovar a los viejos dirigentes oficiales. La juventud proletaria, radicalizada progresivamente por los visibles avances de la reacción, se dispone a tomar parte *activa y dirigente* en la revolución. Podemos afirmar, sin temor a exagerar, que la actitud que tomaron entonces los partidos obreros respecto a esa gigantesca movilización de la juventud determinó a la larga su política y, por extensión, el desenlace de la revolución. Sin embargo, si unos cumplieron realmente con su papel preestablecido, otros hubieran podido, apoyándose decididamente en esa juventud, cambiar el curso de los acontecimientos.

El PSOE era el partido con más tradición dentro del proletariado del país. Fundado en 1879, atravesó diferentes etapas que le configuraron como un bloque profundamente reformista y seguidor incondicional del republicanismo pequeño-burgués.

Pablo Iglesias, su fundador, supo dar al partido una estructura y unas bases hechas a la medida para recoger en su seno a las capas más aristocráticas de los trabajadores, y ello, apoyado por una total indigencia teórica que desdeñaba todo espíritu de búsqueda política o de avance, acabó convirtiendo al PSOE en el partido socialdemócrata por excelencia al estilo del guesdismo francés.

Su exacerbado nacionalismo, su política parlamentaria de compromiso y su escasa beligerancia contribuyeron a alejar de sus filas todo lo que de sano y combativo había en el proletariado del país, con el consiguiente reforzamiento del anarquismo y el anarcosindicalismo. En 1919, en pleno auge de la CNT, tras haber decidido su afiliación a la Internacional Comunista, su Congreso se permitía el lujo de lanzar un ultimátum a los sindicatos de la UGT, instándoles a la unificación inmediata y calificándoles de «amarillos» si ésta no se llevaba a efecto.

Ya en 1920, las Juventudes Socialistas rompieron el fuego de las escisiones al constituir el Partido Comunista de España,

que más tarde se fraccionaría con el ala izquierda del PSOE, el PCOE, que quedó en minoría respecto al tema de la afiliación a la Komintern. El joven Partido Comunista de España tuvo pronto que pasar a la clandestinidad tras el pronunciamiento de Primo de Rivera. Esta situación favoreció notablemente el aislamiento político del partido, frágil aparato en manos del Ejecutivo de la Internacional Comunista, ante el cual acabó sometándose y purgando a sus dirigentes a cada vaivén de la burocracia estalinista. Bajo los efectos de la constante represión, y sobre todo a causa de su propio oportunismo político, el PCE quedó reducido a una secta que agrupaba a unos cuantos cientos de militantes y que al proclamarse la República ya contaba con dos escisiones que le hacían una seria competencia.

La Federación Catalano-Balear, dirigida por Maurín, acabó separándose del partido oficial y constituyendo a su alrededor un confuso amasijo de militantes y simpatizantes bajo el nombre de Bloque Obrero y Campesino. En varias ocasiones se le ha colgado a esta oposición comunista la etiqueta de «bujarinista»; pero, en realidad, nada más falso que otorgar a la política del BOC una proyección internacional. Maurín y sus amigos no llegaron a hacer ninguna crítica seria a las posiciones táctica y estratégica de la Internacional Comunista, y la marrullería y la justificación fueron la tónica de sus relaciones con el Ejecutivo Internacional. La escisión tuvo por base la cuestión nacional catalana, a la que Maurín oponía sencillamente el separatismo frente a la incompreensión sectaria del partido comunista oficial.<sup>4</sup>

La Oposición Comunista de Izquierda, fundada en 1930 por un grupo de obreros exiliados, constituía la única fuerza capaz de poner orden en el confuso panorama político del proletariado español. Sus dirigentes: Nin, Andrade, E. Bilbao, Henri Lacroix..., eran veteranos luchadores que se habían

(4) A. Nin, ¿A dónde va el Bloque Obrero y Campesino?. En "Problemas de la Revolución Española". Ed. Ruedo Ibérico, París.

forjado a través de sucesivas escisiones y permanecieron ligados al combate internacionalista a través de la Oposición de Izquierdas, dirigida por Trotsky.

En poco tiempo, los trotskistas españoles alcanzaban una notable influencia, pese a su escaso número de militantes. Animados por el rápido crecimiento de sus efectivos y por el éxito de su revista teórica, *Comunismo*, en su III Conferencia Nacional, en marzo de 1932, la Oposición de Izquierdas decide convertirse en Izquierda Comunista de España y proclamar el abandono de la táctica por el «enderezamiento» del PCE. Trotsky y el Secretariado Internacional, ponen en guardia a la ICE del peligro que supone menospreciar la fuerza potencial del PCE oficial y recomiendan, pese a todo, una intervención más abierta y menos propagandista entre la clase obrera española. Nin y sus compañeros justificaban la decisión sobre la base de que era necesario «construir ya el partido revolucionario». Pronto veremos cómo esa posición encerraba profundas contradicciones y, en realidad, estaba preparando la continuación del período propagandista anterior.

Ningún país como España en 1933 representaba para el proletariado mundial una esperanza tan viva para demostrar que era posible vencer a la reacción y relanzar la revolución socialista, en declive en todo el continente. El fracaso de la coalición republicano-socialista lanza a la lucha política a miles y miles de obreros que buscan una salida inmediata y radical a sus ansias de emancipación. La CNT, dominada por las corrientes anarcorreformistas, se limita a hacer propaganda a favor del «apoliticismo», y con su campaña a favor de la abstención favorece el triunfo de la derecha en las elecciones de 1933. El BOC, encerrado en sus concepciones nacionalistas, y el PCE, aplicando la política ultrasectaria del «tercer período», no ofrecían ningún aliciente a los jóvenes trabajadores. Serán los antiguos burócratas —como Largo Caballero, colaborador de Primo de Rivera durante la dictadura— quienes, inesperadamente, saquen su propio balance

del fracaso de la colaboración con los republicanos y proclaman abiertamente la necesidad de la dictadura del proletariado y la insurrección armada. La sola mención de tales consignas, junto con el real peso específico del PSOE, atraen a sus filas a las masas que buscan la vía revolucionaria.

Las elecciones parlamentarias de 1933 dan la medida de esta explosiva situación. La victoria de las derechas fue mínima, pero, merced a los apañes de la nueva ley electoral y gracias a la propaganda abstencionista anarquista, obtuvieron la mayoría absoluta en el Parlamento. Sin embargo, la burguesía española no se atreve todavía a enfrentarse abiertamente al proletariado formando directamente gobierno derechista. Esta tarea es encargada a Lerroux y al decrepito partido radical, mientras la extrema derecha y la CEDA de Gil Robles iniciaban la ofensiva en la calle para reclutar los destacamentos contrarrevolucionarios.

La respuesta del movimiento obrero no se hace esperar. La urgente necesidad de hacer frente al avance del fascismo obliga a los dirigentes a realizar el Frente Único bajo la constante presión de sus bases militantes. Así, con el impulso inicial de la Izquierda Comunista y del BOC, se constituyen las Alianzas Obreras, que rápidamente actúan en Madrid, Barcelona y Asturias.

Las Alianzas Obreras no eran, ciertamente, soviets o consejos obreros, tal como se entendían después de la experiencia rusa. Sin embargo, pese a ser organismos elegidos por la cúspide de los partidos, sin la participación directa de las masas, encerraban en sí mismas grandes posibilidades en la medida en que actuaran dirigiéndose abiertamente a los trabajadores y promoviendo audazmente el combate. Salvo en Asturias, donde sí se llevó a cabo esta orientación, en el resto de las ciudades ocurrió, desgraciadamente, lo contrario. Los dirigentes del PSOE, incluida el ala largocaballerista, entendían las Alianzas como un medio de presionar y asustar a la burguesía más que como un medio de combate efectivo. La derecha, percatándose de ello, no dudó en defi-

nir al Partido Socialista en sus justos términos: con ocasión de una interpelación parlamentaria de Prieto amenazando con el «compromiso solemne de desencadenar la revolución», Gil Robles, en nombre de la CEDA, responde: «Vosotros los socialistas seréis siempre incapaces de desencadenar la revolución porque la teméis; sabemos que de vuestra parte todo quedará en palabras».<sup>5</sup> Los hechos dieron la razón al más cualificado representante de la reacción española en la época.

En la Alianza Obrera de Madrid, donde el PSOE era mayoría absoluta, el contraste entre decisión y combatividad de los obreros, que tomaban al pie de la letra el verbalismo revolucionario del ala izquierda del partido y sus dirigentes, se manifestó abiertamente. Con ocasión de la concentración de-rechista en El Escorial, en abril de 1934, la Alianza Obrera se mostró hasta el último momento remisa, a causa de la pasividad de los socialistas. Sólo la reiterada insistencia de los delegados de la Izquierda Comunista consiguió hacer proclamar la huelga general para boicotear la convocatoria en la misma víspera. El proletariado madrileño respondió masivamente y en pocas horas la ciudad quedaba paralizada y eran atacados los convoyes que se dirigían a El Escorial. La concentración, que pretendía reunir a 100.000 asistentes, se redujo a menos de 10.000. Este éxito parcial fortaleció a los trabajadores, pero al mismo tiempo el PSOE, asustado, retrocedía paso a paso.

En el verano del 34, la agitación era creciente entre los campesinos y la huelga general se extendía de pueblo en pueblo, por Andalucía y Extremadura, como un reguero de pólvora. La situación era crítica. Si la huelga campesina fracasaba, en el futuro inmediato el proletariado tendría que enfrentarse solo a la burguesía al no poder contar con los campesinos, desmoralizados. Una baza decisiva para el triunfo de la contrarrevolución. En esta ocasión, sin embargo, el

(5) Citado por G. Munís, "Jalones de derrota, promesa de victoria".

conservadurismo socialdemócrata acabaría imponiéndose a los llamamientos a la acción inmediata por parte de los trotskistas. El proletariado, privado de dirección, presenció pasivamente el aplastamiento de la insurrección campesina. La pérdida momentánea de la fuerza revolucionaria en el campo no tardó en revelarse como uno de los principales elementos para el fortalecimiento de la reacción.

El 1 de octubre, el gobierno dimite y la CEDA exige la mayoría en el próximo gabinete. La tensión aumenta día a día. El PSOE promete la acción insurreccional si esta entrada se lleva a efecto. Cuando, el día 4, Alcalá Zamora encarga a Lerroux formar gobierno con varios miembros de la CEDA, la UGT lanza la orden de huelga general.

Como era de prever, esta vez los campesinos no se movieron y la lucha se concentró en los grandes bastiones proletarios: Madrid, Barcelona y Asturias.

En Madrid, donde la CNT continuaba ausente en la Alianza Obrera, pese a todo la huelga fue convocada. Miles de trabajadores llenaban las calles y reclamaban armas a sus dirigentes, pero en los cálculos del PSOE sólo se veía la huelga como un movimiento pacífico de presión al presidente de la República. Tan sólo grupos armados de las Juventudes Socialistas asaltaron algunos cuarteles y edificios públicos. A las cuarenta y ocho horas, el movimiento estaba dominado.

En Barcelona, la influencia del BOC en la Alianza Obrera era considerable, y menor la de la ICE. También aquí la CNT rechazaba colaborar con aquélla, pero, a la vez, amplios sectores de la central anarcosindicalista estaban dispuestos al combate común. En esta ocasión fue la connivencia de la Alianza Obrera con los catalanistas (la Alianza Obrera se dirigió a Companys y a la Generalitat para que se hicieran responsables de la insurrección) la que desorientó a los trabajadores cenetistas y, pese a que la huelga resultó un éxito, la clase obrera de Barcelona permaneció pasiva y el ejército se hizo rápidamente con la situación.

Para comprender el hecho de que la dirección anarquista

lograse contener a sus militantes hay que recordar someramente el papel nefasto desempeñado por el BOC en el terreno sindical, que, lejos de llevar una política de renovación revolucionaria en la CNT, prefirió ser apartado de esta central con los sindicatos que agrupaba. Los anarquistas explotaron a fondo este hecho, acusando a Maurín de escisionista y negándose a participar con el BOC en la Alianza Obrera.

Sólo en Asturias, la Alianza Obrera se convierte en un verdadero órgano de lucha y se realiza el Frente Único con la incorporación de la CNT y del PC oficial, que hasta la misma víspera había calificado las Alianzas Obreras como un «instrumento del socialfascismo». La línea de masas se aplica con decisión y en todos los pueblos se eligen comités. Los mineros desarman a la Policía y a la Guardia Civil y emprenden valientemente el combate. El hecho de que el movimiento fracasara en Madrid y Barcelona deja las manos libres al gobierno para cebarse en la represión. Resultado: 3.000 obreros muertos, 7.000 heridos y más de 40.000 encarcelados.

A los pocos días de la derrota se inicia el balance. La conclusión se hace evidente: lo que ha faltado en todo el proceso ha sido la presencia y la acción de una auténtica vanguardia revolucionaria. Un partido verdaderamente bolchevique que fuera capaz de oponerse a las claudicaciones de los jefes oportunistas y conducir al proletariado a la victoria. En esto parecen coincidir a la vez el BOC, la ICE y las JJSS, e incluso, a su manera, el PC oficial.<sup>6</sup>

---

(6) Son de fácil consulta los textos al respecto, reunidos por Marta Bizcarrondo, en "Octubre del 34: Reflexiones sobre una revolución".

## UNA EVOLUCION DEFORMADA HACIA EL BOLCHEVISMO

Trotsky escribe en agosto de 1934: «La situación general plantea al movimiento obrero consciente una tarea a breve plazo: o bien el proletariado, en el curso de los seis próximos meses, quizás un año, aplasta el fascismo y da un paso adelante gigantesco, o bien él mismo será aplastado y toda Europa se convertirá en la arena de la tiranía fascista y de la guerra».<sup>7</sup>

Esta previsión, pese a incurrir en una apreciación temporal equivocada, resume, en líneas generales, las tareas centrales que la situación impone: armar políticamente a la clase obrera para afrontar victoriosamente los inevitables enfrentamientos que se preparan. En definitiva, construir el nuevo partido internacional revolucionario.

El movimiento por la IV Internacional, la Liga Comunista Internacional, se ve confrontada desde sus inicios a una disyuntiva ineludible: la reacción avanza a pasos agigantados y el tiempo necesario para forjar sólidos partidos bolcheviques con influencia entre las masas se ha reducido al mínimo. Por otra parte, el poderoso movimiento de afluencia de jóvenes y trabajadores a las filas de los PSS, atraídos por la progresiva radicalización de su ala izquierda, está condenada al fracaso en tanto su dirección política quede en manos de los funcionarios socialdemócratas.

---

(7) Trotsky: "La evolución de la SFIO", citado en *La Revolución Española*, 1930-1940. Ed. Fontanella.

El Secretariado Internacional y Trotsky personalmente se dirigen a los núcleos bolchevique-leninistas de España, Francia y Estados Unidos y otros países: se preconiza la entrada de los trotskistas en los PSs para, mediante un continuo trabajo y elaboración conjunta con los obreros socialistas, sentar las bases de futuras secciones de la IV Internacional. Esta táctica fue seguida con distinto resultado en Francia y Estados Unidos; pero, en lo que se refiere a España, puede decirse que la actitud de la ICE al respecto fue decisiva para el posterior desarrollo de la propia organización y del proceso revolucionario.

Ya vimos que, tras la revolución de octubre, el debate central entre los partidos que participaron activamente en ella giraba en torno a la necesidad del partido revolucionario capaz de dirigir el proceso que todo el mundo consideraba inevitable, pese al descalabro de la insurrección asturiana.

En esta época se acentúa más el giro radical de las JJSS. El folleto publicado por su dirección nacional «Octubre, segunda etapa» se reafirmaba en las consignas de «bolchevización», depuración en el partido de elementos reformistas y centristas y preparación activa de la insurrección y la toma del poder. Incluso en el terreno internacional las perspectivas de las JJSS eran claras y esperanzadoras. «Regresemos a Marx y Lenin. Unamos la juventud revolucionaria en una Internacional que rompa con los errores del pasado, para ello invitamos a la Juventud Comunista, a las Juventudes Comunistas de Izquierda, a la juventud del Partido Comunista Ibérico (BOC) a entrar en masa, como tales, en la Juventud Socialista de España. Invitamos a la juventud revolucionaria a unirse a nuestra bandera para la reconstrucción del movimiento proletario internacional.»<sup>8</sup>

Durante este proceso, el prestigio y la influencia de la ICE se hizo notar seriamente. Un Congreso regional de las JJSS

(8) Declaración recogida por P. Broué en *La Revolución Española, 1931-1939*. Ed. Península.

en Castilla se definió por la afiliación a la IV Internacional. «Renovación», el órgano de las juventudes de Madrid, llamaba semana tras semana a los trotskistas: «los mejores teóricos y revolucionarios de España», y les invitaba a entrar en sus filas para precipitar la bolchevización. Sin embargo, las notas editoriales y artículos que aparecen en «Comunismo» desde finales de 1933 hasta mediados de 1935 siguen en su mayoría considerando el giro del PS como una maniobra del aparato que es necesario «escindir» antes que nada. En abril de 1934, un informe del Secretariado Internacional del movimiento por la IV Internacional afirma: «Se tiene profunda vergüenza de recibir de bastantes países en los que se han producido grandes acciones (Cuba, España, Austria) análisis críticos, pero ningún informe sobre la actividad de los camaradas en lucha, sobre sus éxitos y sus fracasos. (...) Es una cuestión vital para nosotros vencer el estado de espíritu de oposición pura, de crítica, que, en una cierta época bastaba para la actividad de nuestras organizaciones, pero que está hoy superado, que es reaccionario y paralizante.»<sup>9</sup>

Reanudar efectivamente con el bolchevismo, es decir, una política que una en la acción teoría y práctica, era a la vez la principal dificultad y la gran esperanza del momento. Aparentemente, y pese a sus contradicciones, eran los jóvenes socialistas los que más decididamente se orientaban hacia esa vía ante la pasividad de los «bolcheviques-leninistas» oficiales.

El 15 de septiembre de 1934, el Comité Nacional de la ICE rechaza por unanimidad la táctica de entrismo en el PSOE y las JJSS. Un mes más tarde estalla la insurrección asturiana. De nuevo las críticas del centro internacional a la ICE se refieren al importante papel que se podría haber jugado en esas jornadas, a la vez que insiste en el peligro potencial del

(9) Trotsky: «Boletín interno de la Liga Comunista». Informe sobre la actividad del Secretariado Internacional, julio de 1934. Citado en *La Revolución Española, 1930-1940*.

estalinismo, que por esas fechas inicia los acercamientos a las JJSS.

La ICE menospreció en muchas ocasiones el papel real que podría y debía jugar el estalinismo. Esta fue trágicamente una de ellas. Andrade escribía en «Comunismo»: «El estalinismo está en plena descomposición y liquidación. Los partidos estalinistas disminuyen cada día y pierden toda autoridad sobre las masas obreras.»<sup>10</sup> Bastaron algunos meses para anular completamente esta previsión.

También Maurín y el BOC inician públicamente la polémica sobre «el nuevo partido» en su semanario *L'Hora*, donde aparece este cuestionario:

«1. ¿Creéis en la efectividad de un gran partido unificado obrero revolucionario?

2. ¿Bajo qué principios y táctica creéis que se puede establecer esta unidad orgánica?

3. Conseguida esta unidad política, ¿de qué manera puede establecerse la unidad de acción necesaria con otras tendencias de concepción distinta a las que pueden confluir en el partido unificado?

4. ¿Y qué opináis de la unidad sindical?»<sup>11</sup>

La disyuntiva para la ICE era clara. Se trataba de romper el aislamiento a que la actuación en círculo sectario les condenaba.<sup>12</sup> La cuestión era decidir si integrándose realmente en el movimiento de renovación de la juventud o si buscando la salida en la fuerza numérica que los elementos del BOC podrían aportar sobre todo en Cataluña, a través de una «unificación de criterios». El Ejecutivo de la ICE intentó conciliar ambas posiciones. En abril de 1935 se propone la fusión con el BOC en Cataluña y la entrada en el PSOE en el resto de España para hacer fracción para el nuevo partido.

(10) *Comunismo*, septiembre de 1934.

(11) *L'Hora*, 26 de enero de 1935.

(12) Juan Andrade, prefacio a los *Problemas de la revolución española*, de Nin.

La fórmula de compromiso no resiste la primera prueba. Ante las presiones de algunos sectores de base, principalmente militantes del PCE recientemente ingresados, el Comité Central define completamente la nueva orientación: la fusión con el BOC y la constitución de un solo partido a escala nacional.

Dadas las casi inexistentes fuerzas del BOC fuera de Cataluña, el nuevo partido quedaría integrado por los propios militantes de la ICE, Así, pues, el «aislamiento sectario» permanecía en todo el resto de la península, pero, además, al duro precio de una revisión total de los principios que habían animado la existencia de la ICE hasta el momento.

El nuevo partido va a llamarse POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) y se constituirá oficialmente en septiembre de 1935. Pese a que el Secretariado Internacional de la LCI protesta enérgicamente por esa decisión, la suerte está ya echada. Para Nin y sus compañeros, la fusión es un éxito total para los bolcheviques leninistas, ya que han conseguido, según dicen, hacer aceptar sus puntos de vista a la organización de Maurín. Para Trotsky, la cuestión queda resumida en la simple absorción de los trotskistas por el BOC y critican seriamente el hecho de que el nuevo partido no acepte las fracciones y se afilie al centro internacional de los «partidos socialistas revolucionarios» con sede en Londres, que combate activamente contra la perspectiva de la IV Internacional. La respuesta de Nin en nombre de la ICE es contundente: tras justificar de forma poco clara las transacciones políticas con Maurín, acaba diciendo: «No podemos enviaros la información que pedís por falta de tiempo. Por otra parte, dada vuestra fundamental incomprensión de los asuntos españoles, no creemos que os fueran útiles.»<sup>13</sup>

No entraremos aquí en detalle en esta decisión. Sólo apuntaremos a título indicativo que, en nombre de las «particu-

(13) «Boletín Interno de la ICE», agosto de 1934, citado por Trotsky en *La Revolución Española*, 1930-1940.

laridades» de la revolución española, Nin y sus compañeros participaron en el Frente Popular, sesionaron en el gobierno burgués de la Generalitat y consintieron la liquidación de los organismos de doble poder (Comités, patrullas de control) que los obreros habían levantado en julio del 36.

Como ya se ha apuntado más arriba la polémica entre Maurín y Carrillo que sigue a continuación son los últimos coletazos de un proceso en el que todo ya estaba prácticamente decidido por ambas partes. La complacencia de Maurín tras la absorción de los ex-trotsquistas queda patente en el tono profesoral en que se dirige a los jóvenes socialistas. Por su parte, Carrillo, F. Melchor y otros dirigentes de las JJSS ya habían iniciado un acercamiento progresivo al estalinismo, que acabaría en la fusión de las Juventudes Comunistas y Socialistas (Juventudes Socialistas Unificadas) a principios del siguiente año, bajo la disciplina de la III Internacional.

En esta evolución de los dirigentes de las JJSS hacia el estalinismo puede verse claramente el papel que en realidad habían jugado para retener la decisión revolucionaria de las masas que les seguían. Porque, lejos de acercarse a las posiciones ultraizquierdistas de la III Internacional durante el «tercer período», el eje de la política estalinista era ahora el Frente Popular, definido por su VII Congreso en agosto de 1935. La nueva política de «alianzas con la burguesía contra el peligro fascista» venía a reforzar, en concreto, el ala centrista de la socialdemocracia, dirigida en España por Prieto. La «radicalización» del aparato había terminado.

Pero no ocurría lo mismo, ciertamente, en la propia juventud. Pese a la rápida corrupción política de sus líderes bajo los auspicios del estalinismo, pese a las nuevas consignas de «unidad antifascista» que emanan de su dirección, los jóvenes socialistas seguirán tomándose al pie de la letra los llamamientos a la revolución y a la depuración del partido. El 13 de abril, Peña, Prieto y otros dirigentes centristas del PSOE son recibidos a tiros por las JJSS de Ecija. A los pocos días, los desfiles del 1.º de mayo de 1936 en Madrid, se ven copa-

dos por los jóvenes socialistas que, uniformados y puño en alto gritan: «Gobierno Obrero» y «Ejército Rojo».

Aún en plena guerra civil, y pese a las afirmaciones de Carrillo sobre que la JSU «ya no era una organización marxista» y que «no luchamos por una revolución social»,<sup>14</sup> importantes federaciones como las de Levante y Asturias se pronuncian contra la política de alianzas con la burguesía y constituyen junto a las Juventudes Libertarias y la Juventud Comunista Ibérica (POUM) el Frente de la Juventud Revolucionaria.

Esta Alianza de las organizaciones de juventud, se constituyó a principios de 1937 con el objetivo de mantener y desarrollar las conquistas revolucionarias del 18 de julio, amenazadas por la coalición estalinista-burguesa en el poder ante la pasividad de las direcciones de la CNT y el POUM, todavía presentes en los Gobiernos de Valencia y Barcelona.<sup>15</sup>

Una vez más, como afirma Trotsky, «el movimiento se renueva por la juventud, libre de responsabilidades con el pasado». <sup>16</sup> No es de extrañar pues, que la contrarrevolución escogiera cuidadosamente sus golpes. Tras las Jornadas de Mayo en Barcelona, prácticamente el último intento del proletariado por reorientar el curso de la guerra y extender sus adquisiciones revolucionarias, las represalias sangrientas del estalinismo se centraron especialmente en la juventud que había estado en primera línea de las barricadas. Alfredo Martínez, joven secretario del «Frente» en Cataluña fue una de las primeras víctimas de la «depuración de fascistas y contrarrevolucionarios en la retaguardia» preconizada desde la prensa del PCE.

(14) Declaraciones de Santiago Carrillo en Valencia. Enero de 1937. (Citado en *La Revolución y la guerra de España*, Broué-Témime).

(15) Véanse, al respecto, las críticas de la JCI en su órgano *Juventud Comunista* y de la FIJL en *Ruta*.

(16) L. Trotsky: «El programa de transición», el Manifiesto-programa de la IV Internacional.

**ARTICULOS DE SANTIAGO CARRILLO**

I

RAZONES QUE ABONAN NUESTRA INVITACION

Un artículo mío, publicado en "La Batalla", sin ánimo ninguno de polémica, ha merecido los honores de otro de respuesta por parte de Joaquín Maurín. Me interesa aclarar el mío, que sólo al final, y como al sesgo, hacía una alusión a la necesidad del ingreso de todos los marxistas en nuestro Partido. A esto obedece, sin duda, que Maurín haya dado a mis palabras una interpretación torcida, y que construya el edificio de su dialéctica sobre una base falsa. En efecto, "Decir: *ingresad en el Partido Socialista* es plantear un problema de una manera abstracta". Circunscribiendo así los términos de la cuestión, Maurín estaría en posesión de toda la razón cuando añade después: "Lo que importa no es que los comunistas nos unamos a Besteiro y a Prieto, sino que los comunistas y los socialistas de izquierda nos encontremos y marchemos juntos, lo cual no es precisamente lo mismo."

Sin embargo, la cuestión es bien distinta. Nosotros no invitamos a los marxistas españoles, no encuadrados en nuestro campo, a venir a colaborar con el reformismo, y mucho menos, a esterilizar sus esfuerzos bajo una dirección reformista. No; nuestra posición dentro del Partido se caracteriza por la intransigencia frente a aquella tendencia, por cuya separación luchamos. Mal habrían de conciliarse esta intransigencia y el planteamiento, *de una manera abstracta*, del ingreso de otros grupos obreros en nuestro Partido.



Si la invitación se hiciera en un período normal, serían justas las reservas del camarada Maurín. Pero el Partido Socialista no atraviesa, precisamente, una etapa de normalidad interna. A tal punto es esto cierto que la polémica ha trascendido, sonoramente, a la calle. Y hoy es del dominio público que en el Partido Socialista hay una pugna que no puede resolverse sin la eliminación de unos u otros: marxistas o reformistas. Restablecer la unidad es ya imposible, porque las masas socialistas ven claramente cuáles son sus problemas. Maurín lo reconoce en su libro *Hacia la segunda Revolución*. “El Partido Socialista ha hecho la experiencia reformista, constatando al final de ella, que la prueba ha estado a punto de producir la catástrofe en el Partido.”

Luego si el Partido ha sido capaz de *constatar* el fracaso de la prueba reformista, sabrá también depurar, para evitar la catástrofe.

Cuando nosotros invitamos a los demás núcleos obreros a ingresar, no pensamos en la cantidad, sino en la calidad. No en que colaboren con la derecha, sino en que nos ayuden a desalojarla, ayudándonos a plantear los problemas con mayor claridad y mayor justeza. Por otra parte, nosotros conocemos las reacciones que el espíritu de partido provoca en nuestras masas: desde dentro, con la bandera del Partido en las manos, la victoria será no sólo posible, sino probable; desde fuera, todo intento renovador provocaría una reacción peligrosa del espíritu de partido, y no lograría más que efectos negativos.

En la página 81 del libro *Hacia la segunda Revolución*, Maurín dice:

“Las masas obreras que siguen al Partido Socialista han llegado, después del experimento hecho, a la conclusión de que únicamente por la Revolución violenta, la clase trabajadora conseguirá emanciparse definitivamente. Y en el Partido Socialista se ha iniciado una rectificación fundamental.”

Pues, para llevar a su término esa *rectificación fundamental* que se ha *iniciado*, para vencer “la crisis que vive ahora el Partido Socialista” —son palabras del artículo de mi cordial

contradictor que no se compaginan con el resto del trabajo— es para lo que pedimos el ingreso de todos los marxistas en aquél.

Vea el camarada Maurín como nuestra invitación no tiene nada de abstracta, ni propende a cortar las energías revolucionarias de quienes puedan unírseles.

### ¿QUE PERDERIAIS CON LA EXPERIENCIA AUNQUE EL REFORMISMO TRIUNFASE?

Maurín da por descontado en su artículo, que el Partido Socialista no podrá “bolchevizarse”, es decir, que está condenado a ser constantemente un partido socialdemócrata. Tal conclusión se contradice con algunos períodos de su libro ya citado. Pero sobre esto volveremos más adelante. Admitamos ahora, para el razonamiento, la hipótesis de que tiene razón.

Desde luego, no es él solamente quien piensa así. Por hechos aislados, por noticias sueltas, sabemos que otros sectores obreros, singularmente el comunismo oficial, piensan lo mismo. Estiman que el socialismo español es incapaz de depurarse, de tomar una línea decididamente revolucionaria. En esta situación, y reconocida la vitalidad de la izquierda socialista, su solidez ideológica, incompatibles con la coexistencia permanente al lado de una fracción reformista, el comunismo considera fatal nuestro desgajamiento voluntario o forzado del Partido Socialista, y cree poder aprovecharle para dar savia nueva a la III Internacional.

Ya he dicho que volveré más adelante sobre la cuestión. Por ahora imaginemos, amigo Maurín, que la victoria del centrismo y del reformismo en nuestro Partido sobreviniera irremediabilmente, a pesar del ingreso del Bloque, por ejemplo. Que la eliminación no se hiciera en nuestro seno abriendo la puerta a la derecha, sino a la izquierda. ¿Que perderíais vosotros?

Al salir tendríais más prestigio que cuando entrásteis; mucho más. Podríais hacer ver a las masas obreras vuestra buena voluntad de unificar al proletariado, demostrada por los hechos y no con consignas que no se cumplen. Habríais ganado terreno entre las masas socialistas, yendo hacia ellas, educándolas, e incluso atrayéndolas en vuestra salida. De ser realidad vuestras previsiones respecto al porvenir del Partido Socialista, si éste llegase a caer en manos de la derecha, seríais como esos ríos que desaparecen momentáneamente bajo tierra, para reaparecer poco más allá con más caudal y poder.

¿Qué temores podéis sentir de intentar la experiencia si aún en el caso más desfavorable, de un triunfo reformista, saldríais más fortalecidos? Lenin ha dicho que el proletariado sólo puede temer el contacto con otras fuerzas, cuando no está seguro de su conciencia y de su capacidad? ¿Por qué lo teméis vosotros, aun en la peor de las contingencias?

Porque yo no quiero llegar a creer, como algunos, que lo que os atemoriza es precisamente que el Partido Socialista se bolchevice.

## II

LA DEPURACION DEL SOCIALISMO ESPAÑOL  
PROBABLE Y PROXIMA

Y ¿por qué no hemos de conseguir la bolchevización del Partido Socialista? He aquí un error que yo considero fundamental en el trabajo del camarada Maurín. Se trata de una concepción fatalista que no tiene parentesco fácil con el marxismo. “No hemos visto caso de partido de tipo socialdemócrata —dice Maurín— en el que la tendencia bolchevizante haya acabado por prevalecer. En el alemán como en el francés, en el belga como en el de Holanda, Suecia y Austria, el ala izquierdista partidaria de una posición revolucionaria ha sido inveteradamente aplastada. No sabemos por qué razón en España las cosas tendrían que desarrollarse de otro modo.”

Este fatalismo es parejo al de aquellos que tienen interés en que esta Sociedad no desaparezca y razonan de la forma peregrina siguiente: como *siempre ha habido pobres y ricos*, es de todo punto imposible subvertir el orden presente.

Mi mismo contradictor afirma en el libro que ya he citado, algo que no coincide con el fondo de su artículo: “El Partido Socialista austriaco se dio cuenta de la gravedad de la situación demasiado tarde. El Partido Socialista español, en cambio, ha sabido reaccionar a tiempo y ponerse parcialmente en condiciones de poder combatir.”

Si nuestro Partido ha reaccionado a tiempo, y se ha puesto en condiciones de luchar, siquiera sea *parcialmente*, ¿en razón de qué es imposible conseguir que esa reacción llegue a su término, con la depuración revolucionaria? Si el Partido Socialista ha mostrado una superioridad sobre los restantes de la II

Internacional, pasando al campo insurreccional a tiempo, ¿por qué no ha de tener sobre aquéllos la superioridad precisa para cubrir el proceso de bolchevización? ¿Es que Octubre mismo no es una etapa de ese proceso?

Por otra parte, afirmar que es de todo punto imposible que la izquierda llegue a triunfar en el Partido Socialista, basándose en que esa posición *queda bien confirmada por una experiencia anterior*, no es absolutamente exacto. Ciertamente que en la generalidad de los casos, esta conclusión ha sido confirmada, aunque todavía no ha muerto la Socialdemocracia internacional, y no sabemos cuál será su destino ulterior. Pero si el camarada Maurín acudiese a la Historia del proletariado ruso, vería destruida por los hechos su afirmación.

El Partido Socialdemócrata ruso fue también hasta 1903, y aún luego, en las ocasiones en que volvió a hacerse la unificación, un *mosaico* de tendencias, con todas las contradicciones inherentes a su composición. Sin embargo, llegó un instante en que se produjo la bolchevización. ¿Por qué? Sin duda porque habría circunstancias objetivas y unos hombres capaces de utilizarlas, eliminando el menchevismo. Se dirá que el Partido Socialista español carece de una vanguardia bolchevique tan preparada ideológicamente como la de los rusos. Pero no es dable aducir lo que queda escrito sin añadir que tampoco el menchevismo tiene en nuestro campo un Plejanov, un Martínof, un Martof, una Vera Sassulich y tantas poderosas mentalidades como las que mantenían enhiesta la bandera reformista en el seno del proletariado ruso.

Objetivamente, la tendencia revolucionaria, mirada en su conjunto, vale intelectualmente más que la reformista. Tiene más arraigo en las masas del Partido; controla en buena parte la dirección de éste, y la de casi todos los periódicos provinciales o locales que publican las organizaciones de aquél. Tiene también a su favor, la tendencia revolucionaria, la cooperación de los mejores veteranos, de lo que representa la sana tradición socialista, que ha sabido situarse a la altura de las circunstancias. Y este elemento tiene una influencia decisiva

a la hora de deducir, en un Partido que, por su historia, venera ya sus tradiciones.

Es indudable que la vanguardia izquierdista tiene a su favor la circunstancia de que nuestras masas, por las luchas constantes que han librado, no saben del adocenamiento que tenía ganadas, por ejemplo, a las de la Socialdemocracia alemana. Son masas dotadas de una moral luchadora, de un espíritu de rebeldía, de una innegable capacidad de sacrificio, y con ellas se puede ir, indiscutiblemente, a la depuración revolucionaria del Partido Socialista.

Los reformistas en cambio carecen, en líneas generales, de una preparación doctrinal. En todas las polémicas que provocan, dejan por bajo los problemas de clase, para poner encima las cuestiones personales, la táctica dialéctica del navajeo por cuestioncillas... Están divorciados, en absoluto, del sentir de la masa, y su política cada día les aleja más del Partido. Es un fenómeno fácil de comprobar.

En cuanto al centrismo, está aún más impreparado, y tiene menor justificación que el reformismo, en el seno de un Partido marxista, porque no sólo desconoce el Socialismo científico, sino que le menosprecia. Algunas de sus cabezas tienen infinitamente más prestigio que los reformistas, pero su acercamiento a éstos les hará perderlo en una parte muy considerable. Por otra parte, expulsemos al reformismo; que entonces, el centrismo, carente de doctrina, perdería su misión conciliadora y acabaría de derrumbarse.

Por todo lo que antecede, yo niego que sea imposible la bolchevización del Partido Socialista; por el contrario, la creo probable y próxima.

#### ¿POR QUE ES IMPOSIBLE EL INGRESO GLOBAL DE UN PARTIDO A OTRO?

El camarada Maurín hace una declaración tan rotunda como oscura, en su artículo: "No hay que esperar —esto debe

ser descartado como utópico— que ninguno de los Partidos marxistas existentes ingrese globalmente en otro. Eso no ocurrirá.”

¿Por qué?

La realidad ha venido a destruir, también, esta afirmación, que, como he dicho, no está desarrollada en forma que quede clara a la vista del lector. ¿Es o no es el trotskismo un partido marxista? Por lo pronto el Bloque ha debido considerarlo que sí, cuando se ha unificado en Cataluña con los trotskistas. Ciertamente que los disidentes acaudillados por el infatigable revolucionario, no representan a amplios sectores; pero personifican, sin duda, una tendencia del proletariado. Pues bien, no hace aún mucho que en Francia se han adherido a la S.F.I.O. He aquí un caso de ingreso global de un Partido marxista en otro que lo es, quizá, muy tibiamente. Aquí mismo en España, muchos trotskistas han pasado al Socialismo. ¿Dónde quedan las afirmaciones de Maurín?

La realidad ha demostrado ya que sí es posible el ingreso de un Partido marxista en el seno de otro. Y la realidad plantearía al Bloque Obrero inexorablemente el problema, que ahora elude Maurín aduciendo la presencia de la derecha en el Partido, en el caso de que producida la depuración, eliminación o bolchevización —como queramos llamarla— triunfase plenamente la izquierda.

En este caso, convertido el Socialista en un verdadero Partido bolchevique ¿qué haría el Bloque? ¿Podría permitirse el lujo de seguir circunscribiendo su acción a Cataluña, sin intervenir en los problemas de conjunto del movimiento, a través de un Partido de vuelo nacional?

Porque si el Socialista tiene las masas: si es el eje del proletariado nacional —y después de su depuración lo sería todavía más— nadie podrá discutirle el derecho a exigir que los demás grupos se le sumen, e incluso, la dialéctica histórica, lo determinaría, como sucedió en Rusia, cuando el Partido Bolchevique, mucho más reducido que el nuestro, se convirtió en el centro de gravedad de la clase obrera, absorbiendo a los

que no se pusieron, francamente, del lado de los enemigos de la Revolución.

Pero nosotros sabemos —y ya lo hemos dicho en otra parte— que este proceso de absorción no se podrá realizar totalmente mientras no se produzca la depuración interna. He aquí la única justificación de cierto peso que alega Maurín. Pero cuando esa depuración sea un hecho ¿en razón de qué van a negarse otros grupos marxistas a ingresar en nuestro Partido?

#### LIBERTAD PARA LAS NACIONALIDADES IBERICAS

“... el Partido Socialista no se ha asimilado todavía la verdadera posición socialista ante el problema nacional.” Durante la etapa de las Constituyentes es posible que esta declaración estuviera en lo cierto. Pero ahora, tras la experiencia de Octubre, el Partido sabe cómo debe tratar los problemas de Cataluña. Yo, personalmente, creo que no sólo en el orden general político, sino en el de nuestra propia estructuración interna, el Partido tendrá que dotar de características, si no distintas a las de las otras secciones, sí especialmente a su organización de Cataluña. (Visado por la censura.) Hay que hacer la excepción de una vanguardia obrera, formada, naturalmente, por las fuerzas de la Alianza. El resto estaba como digo, en plena ilusión democrática. Sin embargo, lo mismo que nuestro Partido ha aprendido, con Octubre singularmente, a tratar los problemas de las nacionalidades, el proletariado catalán ha debido tomar nota de cómo la pequeña burguesía catalanista, que todos los días ofrecía morir por la autonomía, no empleó los recursos del Poder para llevar la lucha hasta el fin frente al fascismo. (Censurado.)

Se ha responsabilizado personalmente a Dencás en la traición; pero aun cuando ello sea cierto, Dencás representó el 6 de Octubre a una clase social indecisa que temía más al prole-

tariado que al fascismo. Y que ante la eventualidad de que triunfara el primero, prefirió perder la autonomía regional, su bandera de siempre.

La única garantía cierta de las libertades de una región, es el proletariado, porque únicamente sus intereses son los que coinciden plenamente con la defensa de tales libertades, a la hora presente. La burguesía, entre la autonomía y la propiedad, se decide por ésta; el proletariado, en cambio, tendrá que asentar su régimen sobre la más amplia autonomía de las nacionalidades y los pueblos.

Esto lo han comprendido perfectamente los socialistas, que, por otra parte, no tienen más que volver, a su programa en el que se establece la necesidad de organizar el país en una *Confederación republicana de las nacionalidades ibéricas*.

Alude también el camarada Maurín a los esfuerzos que el Partido Socialista hace para evitar que la Alianza Obrera prospere y gane nuevas y sucesivas posiciones. Yo también he de tocar de pasada el problema, para que este trabajo no se prolongue excesivamente. Creo que peca de apasionado mi contradictor. Lo que yo supongo le sucede al Partido Socialista es que no tolera que en ningún caso la Alianza le desplace. Que no renuncia a ser el Partido dirigente de la clase obrera. Lo cual es bien legítimo. Hubiera permitido en alguna ocasión Lenin que el Partido bolchevique fuese dirigido desde los Soviets?

Nosotros propugnamos el incremento y la constitución de las Alianzas Obreras porque aun en el caso de que se produjera la unificación política, servirían como lazo entre las organizaciones políticas y sindicales. (Censurado.)

## ARTICULOS DE JOAQUIN MAURIN

### I

El camarada Santiago Carrillo, secretario general de las Juventudes Socialistas, en los dos artículos publicados en los números 211 y 212 de "La Batalla", ha tenido la virtud de plantear el problema tal como lo "ven" los camaradas socialistas desde "dentro" de su partido. Y desde "dentro" las cosas se ven, por lo general, de una manera parcial y defectuosa. Con frecuencia los árboles no dejan ver el bosque.

Carrillo razona como militante de un partido, subordinándolo todo a ese partido "que, por su historia, venera ya sus tradiciones".

Y el problema hay que enfocarlo no con arreglo a las conveniencias de este o de aquel partido, tenga o no tenga tradiciones históricas, sino conforme a las necesidades generales del movimiento obrero en su trayectoria histórica.

¿Qué es lo que confiere al Partido Socialista ese derecho a la hegemonía absoluta que trata de reivindicar el compañero Carrillo? Simplemente, una hipótesis.

Carrillo formula la siguiente conclusión después de un largo razonamiento: "Yo niego que sea imposible la bolchevización del Partido Socialista; por el contrario, la creo *probable* y próxima." Y más adelante: "Porque si el Partido Socialista tiene las masas; si es el eje del proletariado nacional —y después de su depuración la *sería* todavía más— nadie podrá discutirle el derecho a exigir que los demás grupos se le sumen..."

Carrillo no está seguro de la "bolchevización" —de la que hablaremos más adelante—, la cree "probable". Y cuando se refiere a esa *probable* depuración no dice terminentemente

“será”, sino, como reflejo del propio temor que él siente, dice *sería*; esto es, condicional, incierta.

Es decir, que mi estimado contradictor asienta toda su tesis sobre algo que puede ser, pero que es dudoso. En una palabra, formula una hipótesis.

Y no conviene que hagamos cábalas sobre lo que pudiera ocurrir, sobre lo que *sería* si ocurriera esto o aquello. Un marxista no debe apoyarse en suposiciones más o menos problemáticas.

Atengámonos a los hechos, que son tozudos, como le gustaba repetir a Lenin.

Y los hechos son: el Partido Socialista tal como ha sido y tal como es, de un lado, y la realidad político-social tal como se presenta actualmente, del otro lado.

El Partido Socialista tiene una historia. Y esa historia, camarada Carrillo, es profundamente reformista. El Partido Socialista ha cometido a través de su larga etapa errores políticos gravísimos. Citaremos solamente los más significativos: el abandono de Cataluña al anarquismo y a la demagogia pequeño-burguesa; la conjunción republicano-socialista; la posición socialdemócrata ante la Revolución rusa, en 1917-1921; su posición de “conllevancia” durante la dictadura; su actitud reformista ciento por ciento desde que se proclamó la República hasta el otoño de 1933.

Todo eso por lo que se refiere al pasado. Y lo pasado pesa, camarada Carrillo. No es posible borrarlo haciendo pronósticos para el mañana. Precisamente ese pasado es un obstáculo poderosísimo para que los buenos propósitos de las Juventudes Socialistas puedan triunfar e imponerse.

Vengamos ahora al presente del Partido Socialista.

El Partido atraviesa una crisis que nadie niega. Hay indisciplina. Cada fracción hace lo que le da la gana. Habla Saborit y Besteiro en su periódico fraccional; habla Prieto en la prensa burguesa, habla la izquierda. ¿Quién manda aquí?

Un partido con la enorme responsabilidad que tiene el Partido Socialista no puede ser un galimatías, en el que cada cual

haga de su capa un sayo, sino que ha de ser un todo homogéneo, consciente de su autodisciplina, pero como un arco en tensión todo él hacia un objetivo único.

El Partido Socialista no es eso. En ese sentido, históricamente, no ofrece, en estos momentos, garantía alguna de que logre lo que Carrillo y yo deseáramos.

El Partido Socialista, cuya equivocación antes de Octubre parece reconocer Carrillo, no sigue después de Octubre, a mi entender, una política acertada ni mucho menos. Y citaré también los principales puntos de su actuación que considero desafortunados: el abandono del Parlamento, dejando libremente en manos de la reacción un arma de gran eficacia que bien empleada hubiese contribuido a gastar la situación política dominante, el silencio oficial, el mutismo absoluto del Partido Socialista durante largos meses después de Octubre; la Circular-Vidarte de últimos de marzo, que era como una invitación a preparar un bloque electoral con los republicanos, en un momento en que no había ninguna perspectiva electoral y los republicanos estaban deshechos; la política favorable a Azaña que el Partido Socialista está haciendo (invitación oficial a asistir al acto de Baracaldo); la oposición —que Carrillo justifica por “razones” de partido— al desarrollo de la Alianza Obrera.

Ya ven, pues, los jóvenes socialistas que hay más de una razón para que los marxistas que, colocados al margen del Partido Socialista, somos, sin embargo, partidarios de la unificación marxista, no nos sintamos en manera alguna atraídos por la idea de ingresar en el Partido Socialista.

Ni nos convence la hipótesis de una problemática bolchevización ni nos sentimos inclinados hacia el Partido Socialista a causa de su tradición histórica.

Precisamente los partidos viejos en los períodos revolucionarios acostumbran ser verdaderos impedimentos. La Revolución francesa fue la obra de un partido joven que nació con la Revolución y se desarrolló con ella: el partido de los jacobinos. En la Revolución rusa ha ocurrido lo mismo. El partido

bolchevique, que ha sido su eje, al tomar el poder carecía de tradiciones históricas. Era reciente. Lenin lo formó durante la etapa que medió entre la Revolución de 1905-1907 y la Revolución de Octubre. Llevaba, en realidad, unos diez años de vida.

Las tradiciones, el pasado, dejan un surco, determinan un amaneramiento que en épocas de saltos bruscos constituyen verdaderos impedimentos.

Carrillo, en apoyo de su tesis favorable al ingreso al Partido Socialista, expone tres hechos: la unificación del B.O.C. y trotskistas, el ingreso de un grupo de trotskistas de Madrid en el Partido Socialista y el ingreso que tuvo lugar de los trotskistas en la Juventud Socialista y en el Partido Socialista, en Francia.

No podía el compañero Carrillo haber citado argumentos más contrarios precisamente a su tesis.

La Izquierda Comunista no ha ingresado en el B.O.C., sino que tiene lugar una fusión, lo que es muy distinto, basada en la elaboración de una plataforma en un Congreso de fusión e incluso dando al nuevo partido un nombre que no es el del B.O.C.: Partido Obrero de Unificación Marxista. El B.O.C. no ha hecho valer ni un momento su indiscutible superioridad numérica. Hemos convenido la unificación porque la creemos necesaria.

El ingreso "global" de un grupo de trotskistas de Madrid en el Partido Socialista, por los informes de buena fuente que poseo, se reduce a una petición de ingreso de cinco o seis trotskistas. Por cierto que después de haber pedido el ingreso todavía están en la sala de espera aguardando que sean admitidos. Estoy persuadido de que, finalmente, esos cinco o seis trotskistas serán aceptados pero ya es sintomático que se les obligue a hacer "cola". ¿Qué pasaría, así las cosas, si en vez de cinco, fuéramos cinco mil los que llamáramos a la puerta?

Pero lo más sintomático es lo que ha sucedido en Francia. La mayoría de la Liga Comunista (trotskistas) adhirió, en

efecto, a la Juventud Socialista y a su Partido. Esto parecía ser para Carrillo una razón de peso.

Cuando Carrillo escribió su artículo no se había celebrado aún el Congreso de la Juventud Socialista, que ha tenido lugar estos días. Y ese Congreso ha acordado la expulsión fulminante de los líderes trotskistas, amenazando severamente a todos los demás. Es casi seguro que lo mismo sucederá en el Partido Socialista mucho más moderado aún que la Juventud Socialista. En el Congreso último del P.S.F., la minoría trotskista que defendió la posición comunista que correspondía, fue tratada despectivamente, como anuncio seguro de lo que ahora ha tenido lugar en el Congreso de las Juventudes.

Estoy firmemente persuadido de que Carrillo no nos desea un fin idéntico. Pero el Partido Socialista Obrero Español tiene un pasado socialdemócrata, pertenece aún a la II Internacional, como el de Francia, y lo sucedido allá pudiera muy bien ocurrir aquí.

Por otra parte, Carrillo sabe bien que la reglamentación interna del Partido Socialista exige un cierto periodo de tiempo antes de estar en la plenitud de derechos. No creo que haya ningún camarada del Partido en el que milito que después de haber ganado una batalla a los anarquistas, después de haber creado en Cataluña las bases de un gran partido marxista, que no supo hacer en el pasado el Partido Socialista, adquiera de súbito inclinaciones de catecúmeno con la no exenta perspectiva de recibir a la postre una orden de expulsión, como acaba de suceder en Francia.

Adhesión, ingreso, no. Fusión, unificación, sí.  
Continuaremos.

Fue esa convicción la que llevó a Lenin al reconocimiento de la necesidad de constituir en todos los países partidos nuevos, sin el lastre del pasado.

Esa constatación revolucionaria la ha hecho igualmente, aunque en sentido opuesto, naturalmente, la propia burguesía, que cuando ha llegado a una situación difícil ha liquidado los viejos partidos cargados de medallas a insignias decorativas,

para formar partidos nuevos, sin tradiciones, y más aptos, por lo tanto, para afrontar el porvenir. Ha sido el caso del partido fascista de Mussolini y del partido obrero nacionalista de Hitler.

Cada partido corresponde a una época determinada. Nueva situación, nuevo partido.

Ese partido nuevo, es evidente que no se forjará de la nada. Ha de construirse con materiales existentes, pero adaptados a la realidad creada. Una ciudad moderna, como las que surgen en pocos años en la U.R.S.S. y en los Estados Unidos, ya no conoce el alumbrado del gas y los tranvías, por ejemplo. Pasa sin solución de continuidad, directamente, a la luz eléctrica y al autobús. Las tradiciones la mayor parte de las veces y, en política por lo general, están bien en el museo histórico. No hay nada más antitradicional que un movimiento revolucionario.

\* \* \*

En nuestro país, como en todo el mundo, se plantea en estos momentos, cada vez de una manera más apremiante, el problema de la unificación marxista (censurado).

En realidad sólo hay dos posiciones posibles: por la unificación marxista, por el partido único y contra.

La posición que adoptan hoy —hay que esperar que la cambiarán— los jóvenes socialistas, diciendo: “Ingresad en nuestro partido”, es, prácticamente, quizá sin que ellos mismos se den cuenta de ello, objetivamente contraria a la unificación.

Adoptan, prácticamente, la misma actitud que la Confederación Nacional del Trabajo, en su Congreso de la Comedia, en 1919, que acordó hacer la unidad sindical absorbiendo a la U.G.T. Posteriormente la C.N.T., cuando le ha sido planteado el problema del Frente Único, ha respondido: “¿Frente Único? De acuerdo, pero dentro de la C.N.T.” La posición tomada con respecto a la unidad, en 1919, y al frente único des-

pués, no era, en resumidas cuentas, más que un subterfugio negativo. Por eso no hubo unidad sindical y la C.N.T. se ha quedado, salvo contadas excepciones, al margen del frente único.

Que nosotros no somos los únicos que creemos que no es posible hacer la unidad ingresando en el Partido Socialista, sino que lo piensan también algunos camaradas de Carrillo, se demuestra por la carta de un grupo de jóvenes socialistas de Asturias, de la que “La Batalla” de la semana anterior reproducía este fragmento: “Pretender la unidad obrera a base del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores es tanto como no quererla, ya que los partidos que deben unificarse no entrarán por tales horcas caudinas.” Justo.

## II

No creo que todas las Juventudes Socialistas compartan el punto de vista del camarada Carrillo, muy respetable, pero que considero fundamentalmente descartado, tanto por lo que se refiere al problema de la unificación del proletariado en general como por lo que respecta a las propias perspectivas de la izquierda socialista.

Hay hoy en España, como en todo el mundo, una corriente general favorable a la unidad de la clase trabajadora. Esta unidad, claro está, constituye todo un proceso. El primer paso lo constituye la unidad de acción y el Frente Único, que entre nosotros se llama Alianza Obrera y en Francia Frente Común. Después de la unidad de acción como consecuencia inmediata, se plantea la cuestión de la unidad de pensamiento, la unidad política, el partido único.

Se ha iniciado la fase del reagrupamiento proletario nacional e internacionalmente. Incluso la propia Internacional Comunista, que era en cierto sentido el centro de la división proletaria, en su reciente Congreso no ha tenido más remedio



que estudiar este problema y tomar una posición, ya que de otro modo hubiese quedado completamente desmantelada.

La cuestión de la unidad en el triple sentido que defendemos nosotros —unidad de acción, unidad sindical y unidad política—, ha hecho, por ejemplo, durante los últimos meses grandes progresos en Francia. Allí el Frente Común es una realidad gracias a la coordinación general establecida, que aquí no quiere adoptar la dirección del Partido Socialista; la unidad sindical se entrevé como una perspectiva próxima y la idea del partido único ha sido ya tema de discusión entre el Partido Socialista y el Partido Comunista.

En Francia se va hacia la unidad integral. Y tomo el caso de Francia, sin entretenerme ahora aportando nuevos datos internacionales, para no hacer interminable este artículo, y porque Francia y su movimiento obrero ejercen en este momento una indiscutible influencia en nuestro país.

Ahora bien, nadie, absolutamente nadie, ni socialistas ni comunistas, ha planteado en Francia un problema tan grave de la manera como lo enfocan los camaradas de la dirección de las Juventudes Socialistas, esto es, diciendo: “Ingresad en nuestro partido”.

Blum ha hablado del Partido Único de este modo en la primera columna de *Le Populaire*: “El proletario no quiere un Partido Socialista que absorba el comunismo o un Partido Comunista que absorba el socialismo. Quiere un partido único de la clase trabajadora. Quiere la unidad, porque ve en ella su sola y segura salvaguardia contra el fascismo y la guerra.” El Partido Comunista, por su parte, se ha guardado muy bien asimismo de presentar condiciones que hicieran imposible las negociaciones de unificación.

Se va en todas partes a la reconstrucción de la unidad sindical y a la creación de un partido marxista revolucionario único. Es la ley de la historia en este momento trascendental.

Con respecto a este grave problema hay que tomar una posición: por o contra. Decir “ingresad en tal partido” es salirse por la tangente y, prácticamente, pronunciarse contra.

A los jóvenes socialistas, a quienes el proletariado español les es grandemente merecedores por haber contribuido a sacar al Partido Socialista de su rutinario reformismo tradicional, les ha faltado hasta ahora, desgraciadamente, la audacia de haber izado la bandera de la unificación marxista. Esta posición les hubiese —aún están a tiempo— asegurado el triunfo completo dentro del Partido, cosa que hoy es más que problemática.

La dirección de las Juventudes socialistas se ha propuesto “bolchevizar” el partido, depurándolo.

A mi entender, la bolchevización no puede ser otra cosa que hacer del Partido Socialista un partido marxista-leninista, es decir, un partido socialista revolucionario. Para ello precisa tomar posición firme sobre una serie de problemas, siendo los principales: 1.º, interpretación del carácter de nuestra Revolución; 2.º, posición ante la cuestión nacional; 3.º, posición ante la cuestión agraria; 4.º, la unidad del movimiento obrero en su triple aspecto de Alianza Obrera, unidad sindical y unidad política.

Carrillo habla de “bolchevizar”. En primer lugar, esta expresión es enormemente peligrosa. La “bolchevización” de los partidos comunistas emprendida después del V Congreso de la Internacional Comunista, no fue otra cosa que la domesticación de los partidos, la anulación completa de su personalidad. El Congreso reciente de la Internacional Comunista, teóricamente, al menos ha anunciado una desbolchevización al constatar el fracaso de la bolchevización”.

Pero las Juventudes Socialistas quieren seguramente dar otro sentido a la bolchevización.

Bolchevización, en el sentido justo de la palabra, ha de significar, pues, hacer un partido socialista capaz de realizar lo que hizo el partido de Lenin. ¿No es eso?

Pues si es así, los camaradas de las Juventudes Socialistas han de situarse, primeramente, sobre un terreno doctrinal profundamente leninista, bolchevique. Eso es lo primordial.

La posición teórica que mantienen tanto las Juventudes

Socialistas como el ala izquierda del Partido Socialista, si es cierto que constituye un gran paso adelante, si efectivamente responde a un propósito de rectificación, dista, sin embargo, de ser lo que conviene.

Sobre el carácter de nuestra Revolución no hay todavía una completa unidad de pensamiento en el sector izquierdista del Partido Socialista. Son muchos los que creen que estamos en presencia de una revolución democraticoburguesa. La marcha que se sigue por la dirección del Partido Socialista, favorable a una nueva situación Azaña, es la adaptación táctica a una tesis tal. En ese sentido, entre la izquierda y el centro, hay simplemente una divergencia táctica. Mientras no se parta de la interpretación que la Revolución que vivimos es democraticosocialista, no hay posibilidad de adaptar la táctica a una norma bolchevique. Araquistain, por ejemplo, que es teorizante de la izquierda y cuyos méritos son innegables, se empeña en establecer un paralelo entre la Revolución rusa de 1905 y la nuestra de 1931. Araquistain no es el único. Esta comparación es errónea fundamentalmente. La Revolución española ha de compararse no a la de 1905, sino a la de 1917, y como ésta es democraticosocialista. Es decir, es democrática, pero sólo el proletariado triunfante podrá realizar el aspecto burgués de la revolución, quedando por lo tanto íntimamente unida a la Revolución Socialista. La justa interpretación del carácter histórico de la Revolución es una condición fundamental e indispensable para la bolchevización.

El Partido Socialista, durante los años de su inveterado reformismo, ha mantenido una posición falsa con respecto al problema agrario. No supo asimilarse la concepción bolchevique de la revolución democraticosocialista defendiendo la consigna: "La tierra, para el que la trabaja", esto es, el reparto de la tierra sin indemnización, como se hizo en Rusia en noviembre de 1917. Los socialistas en el Poder, con la Ley Agraria, "asentamientos" y demás diques legales impidieron la revolución agraria. De su actuación equivocada parecen estar convencidos los socialistas. ¿Pero existe alguna resolución ofi-

cial rectificando la posición? Yo no la conozco. Lógicamente hay que suponer, pues, que no se ha producido ninguna variación.

Lo mismo ocurre con referencia a la cuestión nacional.

Los socialistas no supieron tampoco ver el problema nacional tal como teórica y prácticamente lo comprendió Lenin. Se sintieron centralistas cuando el federalismo constituía un gran paso adelante.

Carrillo dice que el "Partido Socialista ha aprendido, con Octubre singularmente, a tratar los problemas de las nacionalidades"... Esto lo han comprendido perfectamente los socialistas, que, por otra parte, no tienen más que volver a su programa, en el que se establece la necesidad de organizar el país en una "*Confederación republicana de las nacionalidades ibéricas*".

La conclusión formulada por Carrillo demuestra que todavía los camaradas socialistas no han comprendido la cuestión nacional. Dar como consigna una Confederación republicana de nacionalidades ibéricas es evidenciar que, en efecto, la Revolución ha de mantenerse dentro del marco simplemente burgués, republicano. La liberación nacional, como la de la tierra, sólo puede darla la clase trabajadora. No hay, pues, perspectiva alguna de Confederación republicana, sino de Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas, que es el polo opuesto. Carrillo defiende una solución anacrónica, algo así como la formación de una Confederación al estilo germánico de la época de Bismarck, cuando la burguesía ha perdido ya toda capacidad para otorgar la independencia a las nacionalidades.

Viene luego como coronamiento de todo, la cuestión de la unificación total del movimiento obrero. Y en este terreno es donde la posición del ala izquierda socialista es más incierta.

Frente a la Alianza Obrera, que es una realidad indiscutible, pero que necesita aún hacer serios progresos, la actitud actual de la izquierda socialista, dirección de las Juventudes comprendida, no puede ser más equivocada. El propio Carrillo no lo esconde en su artículo cuando dice: "El Partido So-

cialista tiene que evitar que quede desplazado por la Alianza Obrera.”

Cuando un partido obrero encuentra una contradicción entre sus objetivos y los objetivos generales del movimiento obrero, es que ese partido está lejos de encarnar, en realidad, la aspiración progresiva del conjunto de la clase trabajadora. Si el Partido Socialista teme a la Alianza Obrera, el Partido Socialista ni remotamente ha adquirido el derecho hegemónico a la dirección del proletariado, que quiere atribuirle el camarada Carrillo.

Dice mi estimado contradictor, con el propósito de justificar a su partido, que la posición del Partido Socialista con respecto a la Alianza Obrera, es análoga a la del partido bolchevique en relación con los soviets. Pero a Lenin no le dieron miedo nunca los soviets. Precisamente fue él quien, con el asombro de los “viejos bolcheviques” de su partido y de los mencheviques, que tenían la mayoría en los soviets, impuso la consigna: “¡Todo el Poder a los Soviets!” Y el partido bolchevique distaba mucho de tener entonces en los soviets, proporcionalmente hablando, la fuerza que el Partido Socialista tiene y puede tener en las Alianzas Obreras. El partido bolchevique no temió nunca un gran desarrollo de los soviets. Al contrario, lo estimuló. Su política tenía como aspiración final la constitución de una República de los Soviets.

El Partido Socialista, en cambio, ha mantenido con respecto a la Alianza Obrera una actitud de recelo y en muchos casos de oposición. Ha sido la base del partido la que ha impuesto la adhesión a la Alianza Obrera. A la constitución del Comité Nacional de Alianza Obrera, la dirección del Partido Socialista ha hecho y sigue haciendo una oposición sistemática.

Las Juventudes Socialistas e izquierda socialista no han comprendido aún lo que es y lo que debe ser la Alianza Obrera. Están obsesionados por el fetichismo de su partido. Su aspiración es: el Poder para el Partido Socialista. Y esto es un error gravísimo. El Poder ha de ser para la clase trabajadora, ejercido por medio de sus órganos de Poder, que en Ru-

sia fueron los Soviets, y aquí deben ser las Alianzas Obreras. Que el partido obrero ha de desempeñar el papel de dirigente, es natural, pero el partido no ha de pedir el Poder para él. El partido bolchevique reclamó siempre el Poder para los Soviets.

Los socialistas creen que la Alianza Obrera es tan sólo un órgano insurreccional. Error. Hay que ver las fases sucesivas por que pasan los órganos revolucionarios. Los Soviets en Rusia, primero, fueron instrumentos de frente único, de reagrupación obrera; luego, instrumentos insurreccionales, y finalmente, órganos de Poder. Las A. O. tienen las mismas características.

De la unidad de acción, ante la cual la izquierda socialista, como decimos, no adopta una posición firme, pasamos insensiblemente al otro aspecto del problema: la unidad sindical.

Nunca la ocasión, desde hace muchos años, había sido tan propicia para emprender una ofensiva a fondo pro unidad sindical. La U.G.T. no es, no, ya la mayoría, ni la mitad siquiera, del movimiento obrero organizado del país. Hay una serie de sindicatos autónomos dispersos. Y está la C.N.T., que, aunque debilitada y en grave crisis, arrastra masas todavía. ¿Pienso Carrillo que es posible imaginar un ingreso global en la U.G.T. de las fuerzas sindicales que hoy están al margen? No creo que lo suponga nadie. En cambio, desde el momento que la U.G.T. levanta la bandera de la unidad sindical, el movimiento en tal sentido se haría irresistible, y sin que sea posible prejuzgar a distancia, es casi seguro que la unidad se haría, quedando al margen quizás algún grupo recalcitrantemente sectario.

¿Se dan cuenta los jóvenes socialistas de lo que esto significaría? La relativa estabilidad de la burguesía española se basa fundamentalmente en la falta de cohesión del movimiento obrero. El proletariado unido sería una verdadera perforadora.

Claro está que la unidad sindical es más difícil que la unidad política, que la unificación marxista. El problema de la

unificación obrera estratégicamente entre nosotros se plantea, de otro modo que en Francia. Aquí, primero, la unidad política; luego, la unidad sindical.

La cuestión de la unidad marxista es hoy el eje central de todo el problema obrero hispano. Adoptar una posición favorable significa automáticamente colocarse en una posición bolchevique, porque se va hacia la formación de un gran partido obrero, porque las Alianzas Obreras adquirirán un gran impulso, porque el movimiento obrero entrará en una nueva fase.

Esa es la bandera de la bolchevización que debieran haber tomado los jóvenes socialistas. Con ella en la mano hubiesen vencido a la derecha, al centro y a todo un pasado. Las Juventudes Socialistas hubiesen sido entonces no sólo la fracción más aguerrida del Partido Socialista, sino también la vanguardia heroica de una profunda transformación en todo nuestro movimiento obrero con las naturales consecuencias políticas.

Estamos persuadidos, no obstante, que las Juventudes Socialistas abandonarán el fetichismo de "Partido Socialista Obrero" por este otro fetichismo trascendental: "Partido Socialista Obrero Unificado".

¿Cómo llegar a la unificación? Es lo que veremos en el próximo artículo.

### III

Hemos visto en los artículos anteriores que ni la historia, ni la posición doctrinal y táctica actual del Partido Socialista nos atraen. Una adhesión en estas condiciones, prácticamente significaría que nosotros nos identificáramos con el pasado y presente de dicho partido. Y una de dos: o comentaríamos una superchería, o dejaríamos de pensar como pensamos, lo que sería tanto como reconocer que nuestra posición había sido equivocada, lo que no es el caso.

Carrillo puede replicar diciendo que podemos ingresar sin renunciar a nada y trabajar dentro del partido por hacer prevalecer nuestros puntos de vista.

Pero esto tiene, no hay duda, graves inconvenientes.

Nadie nos garantiza que no nos ocurriera a nosotros lo mismo que ha sucedido en Francia a los trotskistas. Esto es, que al cabo de algún tiempo fuéramos echados del Partido Socialista por ser considerados como "perturbadores", "sectarios", etc. Carrillo y sus compañeros no lo desean, ciertamente, pero esto pudiera ocurrir contra su propia voluntad. Se podrá decir que esto no es más que una hipótesis algún tanto problemática. Sin embargo, después de lo que hemos visto en Francia, deja de ser una suposición temeraria para transformarse en una probabilidad, y más aún, si como parece, el Partido Socialista hace concesiones al stalinismo con objeto de absorber sus Juventudes y sus escasos sindicatos.

Carrillo pretende —pues él mismo no descarta la posibilidad de que nosotros tuviéramos que abandonar mañana el Partido Socialista— que al dejarlo habríamos ganado en prestigio. No es éste mi parecer, sino todo lo contrario.

Si se diera el caso de Francia con los trotskistas, seríamos expulsados, como siempre se hace en estos casos, no todos sino unos cuantos, y los expulsados —me coloco entre ellos—

tendríamos que someternos individualmente a reemplazar un reagrupamiento, con la seguridad de que perderíamos muchas fuerzas.

Si hiciéramos la escisión seríamos “escisionistas”, cuando precisamente nuestra bandera ha sido de unidad marxista. ¿Cómo se compaginaría esto? Sería tanto como escribir nuestra esquila de defunción.

He tomado parte activa en el proceso de una escisión y sé por experiencia las dificultades y amarguras que entraña. Si nuestro núcleo al separarse del Partido Comunista, en 1930, ha podido sobrevivir, arraigar y desarrollarse, no ha sido sin contratiempos y obstáculos. Quedamos primeramente reducidos a Cataluña y hemos tenido que hacer no pocos esfuerzos para ensancharnos por la Península. Una invitación a recomenzar es poco convincente, máxime cuando nuestra posición como digo, no está por la escisión, sino por la unificación.

Supongamos, no obstante, que el Partido Socialista no nos expulsa, sino que nos tolera dentro de él con derecho a defender nuestra interpretación sobre la posición teórica general, sobre la táctica y la estrategia. Esto es mucho suponer, camarada Carrillo, cuando en el Partido Socialista hay un fetichismo de partido del que, por desgracia, no están exentas las Juventudes. Entonces en el Partido Socialista habría, como ahora, tres o cuatro fracciones: la derecha, de Besteiro-Saborit; la centrista, de Prieto-Peña; la izquierda, de Caballero-Juventudes, y la extrema izquierda, que representaríamos nosotros. En ese caso, el Partido Socialista sería más mosaico que ahora todavía cuando nuestra concepción de partido —el tipo de partido bolchevique sin fracciones, fuertemente unido y disciplinado— discrepa fundamentalmente de ese modelo de partido, esencialmente socialdemócrata.

Carrillo mismo, que defiende la expulsión de la derecha, cree que en el Partido Socialista quedará íntegro el centrismo que, “carente de doctrina —dice—, perdería su misión conciliadora y acabaría por derrumbarse”.

No sé por qué razón, expulsada la derecha —los jefes, na-

turalmente—, el centrismo de Prieto-Peña había de derrumbarse automáticamente. La derecha que quedara en el partido correría a incorporarse a la fracción centrista y ésta, *ipso facto*, pasaría a ser la derecha con un prestigio que nadie le podría negar, teniendo al frente de ella a dos jefes que no pueden ser tachados de cobardes, y encontrando, además, respaldada su política por Moscú.

Hoy —las cosas pueden variar, si la izquierda socialista quiere— es más fuerte la posición del centro de lo que Carrillo cree. El centro toma posiciones, mantiene una política afirmativa, mientras que la izquierda vacila, reduciéndolo todo a una lucha de fracción: el combate contra la derecha.

Prieto y Peña, que han tomado parte en los acontecimientos de Octubre, están por el *statu quo* del partido, por la no escisión y por un acuerdo con los republicanos para obtener la amnistía y por la democracia.

¿Cuál es la posición de la izquierda frente a la de Prieto-Peña? Puramente negativa. La izquierda se defiende; en realidad, ha pasado a ser una oposición. Todo esto porque la izquierda no señala una política nueva, justa, marxista, revolucionaria por el nombre y en la práctica. Esta política no puede ser otra, tal como señalábamos en el artículo anterior, que definir el carácter de la revolución, no como democrático-burguesa, sino como democrático-socialista y pronunciarse con todas las consecuencias por la unidad obrera. Todo lo que no sea hacer esto, es facilitar el triunfo completo del centrismo, a pesar de la buena voluntad y esfuerzo de las Juventudes Socialistas.

La bolchevización —entiéndase por tal la formación de un partido marxista revolucionario— no es, pues, problema de vencer, en una guerra intestina, a una determinada fracción, sino de convertirse en el heraldo de las masas obreras y campesinas en marcha hacia su liberación definitiva. La verdadera, la auténtica bolchevización del Partido bolchevique tuvo lugar en 1917, al lanzar Lenin la consigna: “¡Todo el Poder a los Soviets!” Es decir, al presentarse ante las masas como

el partido de la unidad del movimiento obrero y de la toma del Poder para el conjunto de la clase trabajadora. Un partido no ha de ser un fin, sino un medio. Y Carrillo discurre obsesionado creyendo que el Partido Socialista es un fin.

Carrillo busca apoyarse en Lenin. Afirma: "Lenin ha dicho que el proletariado sólo puede temer el contacto con otras fuerzas, cuando no está seguro de su conciencia y de su capacidad. ¿Por qué lo teméis vosotros, aun en la peor de las contingencias?"

La frase exacta de Lenin fue ésta: "Únicamente pueden temer las alianzas temporales, incluso con elementos inciertos, aquellos que no tienen confianza en sí mismo. Ningún partido político puede existir sin esas alianzas."

Lenin se refiere, claro está, a contactos del partido obrero con otras organizaciones; contactos que, evidentemente, tendrán un carácter temporal. Lenin, que defendió esta elasticidad de contacto con otras organizaciones, dentro del partido sostuvo la absoluta unidad de pensamiento y de acción. El bolchevismo fue eso. Un partido así constituido puede permitirse alianzas con otros partidos y aun en determinados casos con otras clases. Pero el partido no ha de ser un mosaico, sino todo lo contrario, un todo homogéneo.

La frase de Lenin a que se ha referido Carrillo podríamos aplicarla al propio Partido Socialista por lo que concierne a la Alianza Obrera, en la que el Partido Socialista ve un competidor posible, como se desprende de las propias declaraciones del compañero Carrillo...

Nuestro ingreso, así las cosas, en el Partido Socialista sería catastrófico, y no solamente por lo que se refiere a nosotros, sino también por lo que respecta a las perspectivas generales del movimiento obrero, ya que significaría la liquidación automática de la corriente —dicho sin pretensiones ni jactancias—, que puede conducir a la clase trabajadora a su objetivo histórico: la unificación revolucionaria.

No tenemos la pretensión de ser un partido hegemónico, pero nadie podrá negarnos una fuerza indiscutible, debida

quizá más que a la suma de nuestros efectivos, a la solidez de nuestra posición política.

Desde fuera, tenemos plena libertad para defender y propagar lo que consideramos ineludible, si el movimiento obrero quiere salvarse. Dentro, no tendríamos, ni mucho menos, la libertad que poseemos ahora. No nos quedaría más remedio que someternos a la voluntad directiva o marcharnos. La política actual del Partido Socialista no es, de mucho, nuestra política.

Desde fuera, hemos tenido la posibilidad de impulsar la formación de la Alianza Obrera, a pesar de la oposición del Partido Comunista, y a pesar del recelo, no superado aún, del Partido Socialista.

Desde fuera, podemos defender ahora la unidad integral del movimiento obrero en su triple aspecto de unidad de acción (Alianza Obrera), unidad sindical (una sola Central sindical) y unidad política (Partido Marxista Unico), cosa que no podríamos hacer desde dentro con la libertad necesaria.

Y como, a nuestro entender, el eje de todas las perspectivas lo constituye ahora el problema de la unidad, comprenderán Carrillo y demás compañeros de las Juventudes Socialistas, que no estamos dispuestos a adoptar una posición que implique hipotecar nuestra interpretación doctrinal y táctica.

No hay que hacer un mito de las grandes organizaciones. Una política equivocada las lleva al precipio. Véase lo ocurrido con la C.N.T. en 1919 y en 1931. Y véase asimismo el caso de la Internacional Comunista, que en su reciente Congreso ha tenido que rectificar en su totalidad las posiciones que, en determinados sentidos, había tomado en 1928. De 1928 a 1935 la Internacional Comunista ha quedado reducida a un recuerdo. ¿Se quiere aún más ejemplos de organizaciones gigantescas que se han desmoronado? El Partido Socialista austriaco, el Partido Socialista alemán, la C.R.O.M. mejicana, y así podríamos ir citando casos y casos. Procuren los jóvenes socialistas no dejarse embargar demasiado por el mito del volumen, pues es enormemente peligroso.

¿Por qué los camaradas socialistas, si están persuadidos de que son la mayoría aplastante, rehúyen la unificación? La unificación marxista, puesto que tendría que hacerse democráticamente, les aseguraría la mayoría absoluta en los puestos dirigentes. En último término, la unificación sería un movimiento táctico extraordinariamente hábil para acrecer en gran manera la fuerza actual del partido. ¿Por qué temen, pues, la unificación?

Si la tradición del partido es más fuerte en la izquierda socialista que su comprensión de las necesidades del movimiento obrero en general, entonces sus bases no son muy firmes y el porvenir le reserva más de una seria decepción.

Tengan en cuenta los camaradas socialistas que nuestra posición favorable a la unificación marxista va a ser reforzada muy pronto, aunque con otras intenciones, naturalmente, por la posición que adoptará el Partido Comunista, después del Congreso de Moscú. Moscú se ha dado cuenta, un poco tarde, como siempre, pero antes que la propia socialdemocracia, de la necesidad imperiosa del momento, del deseo general de las masas obreras, y se ha pronunciado por el Partido Unico. Para Moscú, Partido Unico, como Frente Unico, es simplemente maniobra táctica para apuntalar su política exterior de alianzas con el capitalismo. Pero a pesar de todo, la nueva posición de Moscú es un paso adelante.

En nuestro país nos encontraremos, pues, los camaradas del B.O.C. y de la Izquierda Comunista unificados, y el Partido Comunista oficial defendiendo la tesis de la unificación marxista. El Partido Socialista se encontrará entre tres fuegos. Digo tres y no dos: el Partido Obrero de Unificación Marxista, el Partido Comunista y las masas obreras del propio Partido Socialista.

El final no es dudoso. Si el Partido Socialista se resiste, surgirá dentro de él una nueva grieta, determinada por la cuestión de la unificación. Si al final acepta por fuerza, el hecho de hacerlo con retraso le quitará una fuerza moral que de otro modo pudiera usufructuar sin duda alguna.

Hemos entrado —lo hemos dicho varias veces y lo repetimos— en la fase histórica de la unificación. Este proceso será más o menos largo, pero es seguro que al final de todo habrá, pese a quien pese, unificación, o el movimiento obrero dejará de existir.

Resumiendo, pues, no hay ni puede haber una cuestión planteada de simple adhesión a este o aquel partido.

Es de la unificación de lo que se trata.

La unificación presupone convergencia de criterios, unidad fundamental de pensamiento.

A nuestro entender, las cuestiones básicas de un acuerdo posible con los socialistas son las siguientes:

Primera. Reconocimiento de la Alianza Obrera como organismo de lucha, de unidad de esfuerzos en su primera fase; insurreccional luego e instrumento de poder después.

Segunda. Necesidad de la unidad sindical formando una Central unitaria.

Tercera. La Revolución actual es democráticosocialista. Y como consecuencia, en la cuestión agraria y nacional se adoptará el punto de vista clásico del bolchevismo.

Cuarta. El partido unificado será un todo homogéneo, sin fracciones.

Si el Partido Socialista se pronuncia sobre esos puntos, que nosotros consideramos *sine qua non*, entonces la unidad marxista será un hecho inmediato.

\* \* \*

P. S. — He dejado para lo último lo accesorio en los argumentos de Carrillo, es decir, todo aquello que se refiere particularmente a mí.

Dice Carrillo que mi escepticismo a propósito de la “bolchevización” del Partido Socialista está en contradicción con lo dicho en mi libro *Hacia la Segunda Revolución*. No veo la contradicción. En mi libro hice una crítica objetiva del

Partido Socialista, señalando al final: "En el Partido Socialista se ha iniciado una rectificación trascendental." Decir que se ha iniciado no significa que se haya consumado. Esa rectificación comenzada, está muy lejos de tener asegurado el éxito, a causa, precisamente, de los titubeos de la izquierda socialista ante el problema de la unidad revolucionaria del movimiento obrero. Más adelante, Carrillo coge otra frase de mi libro: "El Partido Socialista austriaco se dio cuenta de la gravedad de la situación demasiado tarde." "El Partido Socialista español, en cambio, ha sabido reaccionar a tiempo y ponerse parcialmente en condiciones de poder combatir."

Esto, como Carrillo no ignora, se refiere a Octubre. Y la palabra *parcialmente* me parece que es muy elocuente. No ha sido escrita por azar.

No creo que haya, al menos yo no la veo, contradicción alguna entre lo afirmado en las páginas de *Hacia la Segunda Revolución* y lo dicho en los artículos de "La Batalla", a propósito de la unificación marxista. En mi libro, página 241 de la segunda edición, se dice:

"En España no existe el gran partido marxista revolucionario, aunque no faltan los materiales para construirlo rápidamente; los partidos y núcleos marxistas existentes: Partido Socialista, Juventudes Socialistas, Partido Comunista, Federación Comunista Ibérica (B. O. C.), Izquierda Comunista (trotskistas), tienen la obligación ineludible y apremiante de unificarse sobre la base no del confucionismo, sino, claramente, la del marxismo revolucionario. Alianza Obrera y Partido Marxista Unico serán dos llaves maestras que abrirán las puertas de la segunda revolución."

Esta tesis de mis libros ha sido la tesis de mis artículos en la polémica con el camarada Carrillo, polémica que lejos de alejar la unificación la aproxima. Podemos, para terminar, repetir la frase de Lenin:

"Antes de unirnos y a fin de unirnos, conviene que nos diferenciamos."